

MIMI MATTHEWS

LA BELLA DE
BELGRAVE
SQUARE



Libros de
seda

*Para mi padre, Eugene.
Amable, firme, honorable; un auténtico héroe.*

«Tal es el efecto de la emoción que produce el acto de leer novelas sobre el sistema nervioso que la única forma de obtener un alivio momentáneo es sumergirse en otra en cuanto se termina una».

Confesiones y experiencias de una lectora de novelas, 1855



CAPÍTULO 1



Londres, Inglaterra

Junio de 1862

Julia Wychwood estaba sola en Rotten Row, y eso era exactamente lo que quería.

Bueno, no estaba sola del todo.

Estaba con su mozo de cuadra, Luke Seis. Y también se veían por allí algunos hombres y mujeres ataviados con ropas humildes paseando junto a la valla. Pero por lo demás... sí, estaba sola.

Lo habitual a esas horas de la mañana, en esos primeros instantes después del amanecer, cuando el aire era fresco y brumoso y el sol naciente brillaba con fuerza y disipaba la niebla. Unas pocas damas y algunos caballeros elegían cabalgar a en ese momento del día, pero no muchos. Desde luego, no tantos como a la hora de moda. Era entonces cuando la alta sociedad salía en masa.

Y precisamente por eso, Julia prefería montar por la mañana. A esa hora había menos miradas y susurros. Menos prejuicios. Espoleó ligeramente al caballo para que *Cossack* avanzara al galope. Era el mejor paso del enorme castrado negro: un ritmo firme y uniforme, con un suave vaivén, como el de una mecedora. La joven se relajó. Cuando galopaba, *Cossack* solo necesitaba que ella mantuviera un mínimo contacto en las riendas dobles. Él se encargaba del resto, cosa que le permitía a ella soñar despierta. O preocuparse.

No estaba sola únicamente en Rotten Row. Estaba sola en Londres.

Sus tres mejores amigas estaban fuera de la ciudad, y dos de ellas no regresarían hasta el domingo. Tenía cuatro días por delante que debía afrontar sola. Cuatro días insoportables con sus respectivos eventos sociales igualmente exasperantes.

Consideró la posibilidad de quedarse en la cama. Ya lo había hecho antes para evitar asistir a un baile o a una cena. Pero nunca más de dos días seguidos. Incluso entonces, sus padres insistían en llamar al doctor Cordingley, un hombre odioso que siempre acudía con su lanceta y su cuenco de sangría en mano.

Se estremeció solo de pensarlo.

No. Fingir una enfermedad no funcionaría esta vez. Quizá para un día, pero no para todos.

Tendría que encontrar la forma de soportarlo.

Cossack sacudió la cabeza ante algo que divisó en la distancia.

Julia apretó instintivamente las riendas entre las manos. Entornó los ojos al ver al jinete que se acercaba por la pista de Rotten Row.

—Tranquilo —le murmuró a *Cossack*—. Solo es otro caballo.

Un caballo enorme. Más grande y más negro que el suyo.

Pero no fue el animal lo que hizo que Julia se pusiera tensa en su silla a la amazona. Era el caballero que lo montaba: un militar retirado de rostro serio y lleno de cicatrices a causa de la batalla.

El capitán Blunt, el Héroe de Crimea.

Mientras se acercaba, a ella se le secó la boca. Por un momento sintió la tentación de huir. Pero no había forma de escapar. Hizo que *Cossack* bajara el ritmo, primero al trote y luego al paso.

Ya había coincidido con el capitán en una ocasión. Fue en el baile de primavera de lady Arundell. El vizconde Ridgeway, un conocido común, se lo había presentado a Julia como un digno compañero. En otras circunstancias, el trato podría haber sido algo más convencional: un breve intercambio de cortesías y un baile en el salón.

Pero Julia se había quedado mirando boquiabierta al capitán Blunt como una conejita asustada por los faros de un vehículo. Se le había parado la respiración y el pulso le resonaba en los oídos. Temiendo desmayarse, había huido antes de que la presentación se completara, dejando al hombre allí plantado, con el semblante como esculpido en granito, como una máscara con gesto de desagrado.

Ella lo recordaba como una de las experiencias más humillantes de su vida.

Y eso era mucho decir.

Para una dama propensa a caer presa del pánico en compañía, las situaciones bochornosas eran el pan de cada día. A sus veintidós años, casi se había acostumbrado a esos malos tragos. Pero incluso para ella, el incidente en el baile de lady Arundell había marcado un nuevo récord.

Sin duda, el capitán Blunt pensaba que lo ocurrido había tenido algo que ver con su apariencia.

Era un hombre imponente. Alto, fuerte y con hombros increíblemente anchos. Un caballero ya de por sí físicamente intimidante, lo era aún más por la cicatriz en el rostro. La profunda y espantosa marca le cruzaba la ceja derecha y descendía hasta la boca, clavándose en la carne del labio. Daba la impresión de que tuviera una mueca permanente.

Era irónico que lo consideraran un héroe. En cuanto a apariencia, no parecía nada heroico. De hecho, parecía un auténtico villano.

—Señorita Wychwood. —Se quitó el sombrero de castor e inclinó la cabeza al saludar. Su cabello era de un lustroso negro azabache. Lo llevaba corto, complementado por unas patillas también cortas que remarcaban las duras líneas de su mandíbula—. Buenos días.

Apenas se atrevía a mirarlo a la cara.

—Buenos días.

Él no respondió. No de inmediato. La estaba observando. Julia notaba el peso de su mirada. Le provocó una tormenta de mariposas en el estómago.

«Siga adelante», quería decir. «Por favor, siga adelante».

No siguió adelante. Parecía decidido a hacerla sentir incómoda.

Y sospechaba el motivo. Ella no había llegado a disculparse por su comportamiento en el baile. No había tenido oportunidad.

¿Se estaba vengando por haberlo avergonzado?

Si ese era el caso, estaba resignada a aceptar sus reproches. Lo merecía.

Se obligó a sostenerle la mirada. Las mariposas en el estómago amenazaban con rebelarse. Dios... Sus ojos tenían el color de la escarcha, un gris tan frío e implacable que le provocó un escalofrío helado en la espalda. Todo su instinto femenino se puso en alerta. «Corre», le decía. «Huye».

Pero no estaban en el salón de baile de lady Arundell.

Estaban en Hyde Park. Allí, al aire libre y montada sobre *Cossack*, no era la misma persona que en un baile o una cena de gala. Para empezar, no estaba sola. Tenía un compañero, y uno imponente, además. El animal le prestaba su fuerza y empaque, haciéndola sentirse casi tan formidable como él. Por eso se veía más segura a caballo.

Al menos siempre había sido así.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Muy bien. —Tenía una voz grave y autoritaria, con un deje áspero. Un tono de soldado. El tipo de voz que, cuando era necesario, podría oírse en todo un campo de batalla—. ¿Y usted?

—Disfrutando de estos excepcionales días de buen tiempo —repuso—. Hace una temperatura excelente para montar.

Él echó un vistazo a su atuendo. Estaba confeccionado con lana negra descolorida y no resaltaba las formas de su figura. Más bien lo contrario. Ocultaba su silueta, como ocultaba su rostro el velo de red del sombrero de ala corta que utilizaba para montar. Frunció las cejas en un gesto de desaprobación.

Ella reprimió una punzada de vergüenza. Su vestimenta no estaba pensada para llamar la atención, sino para hacerla invisible. Pero no lo había conseguido, no para él.

Esa forma de mirarla... Hades podría haber observado a Perséfone de ese modo antes de arrastrarla al inframundo para desposarla a la fuerza.

Y todo el mundo sabía que el capitán Blunt estaba buscando esposa.

Se rumoreaba que era la única razón por la que había acudido a la ciudad. Estaba a la caza de una heredera vulnerable a la que pudiera llevar a su aislada finca en el condado de York. Una hacienda que, según decían, estaba embrujada.

—¿Suele montar a esta hora del día? —preguntó él.

—Siempre que puedo —reconoció ella—. *Cossack* agradece el ejercicio.

—Lo maneja usted bien.

Parte de la tensión en su pecho se alivió con el cumplido.

—No es difícil. —Acarició el cuello del caballo—. Puede parecer imponente, pero en el fondo es un corderito. Las criaturas más grandes suelen ser así, según mi experiencia.

La montura del capitán Blunt pateaba con sus gigantescas pezuñas como objetando a su afirmación.

Julia observó a la majestuosa bestia con interés. Tenía la constitución propia de un caballo de guerra medieval, con un pecho ancho, grandes espolones, y una crin y una cola espesas y ondulantes.

—¿Cómo se llama?

—*Quinto*.

—¿Y es...?

—Un bruto de tomo y lomo —afirmó el capitán Blunt—. A veces, señorita Wychwood, lo que ve es exactamente lo que hay.

Julia se preguntó si eso era cierto en el caso del propio capitán. ¿Sería tan amenazante como parecía? No lo sabía con certeza. Por lo que se rumoreaba en la alta sociedad, era decididamente peligroso, especialmente para las jóvenes casaderas.

Aunque eso no excusaba su comportamiento hacia él en el baile.

Julia se humedeció los labios.

—Creo que le debo una disculpa.

La miró fijamente.

—Cuando lord Ridgeway nos presentó en el baile de lady Arundell... —vaciló—. Quizá no recuerde...

—Lo recuerdo —afirmó él con aspereza.

El calor le coloreó las mejillas.

—Sí, bueno... Lamento haber salido huyendo así. Me temo que no se me da muy bien conocer gente nueva.

—¿Suele salir corriendo durante las presentaciones?

—En general, no. A menos que tema desmayarme. —Esbozó una sonrisa de medio lado algo triste—. No le habría gustado tener que sostenerme en brazos.

Algo brilló por detrás de su mirada gélida. Una emoción imposible de adivinar.

—No me conoce muy bien, señora.

De haberse tratado de cualquier otro caballero, Julia podría haber sospechado que estaba coqueteando con ella. Pero no el capitán Blunt. Su rostro cicatrizado permanecía tan serio como el tono de voz.

A ella se le borró la sonrisa.

—La verdad es que no. —Apretó las riendas—. Pero quiero disculparme de todas formas. —Inclinó la cabeza hacia él mientras instaba a *Cossack* a avanzar en la dirección opuesta—. Pase un buen día, capitán Blunt.

Él no respondió a su despedida. No dijo nada. Se quedó allí, sentado sobre su caballo, observándola mientras se alejaba.

Julia sintió la ardiente impresión de aquella mirada a la espalda. Y ya no se obligó a ser valiente. Hizo lo que había querido hacer desde que lo vio por primera vez.

Pegó el talón en el costado de *Cossack* y huyó.



Jasper estuvo tentado de seguirla, a pesar de que ella acababa de despedirse.

Pero no.

Inmovilizó a *Quinto* mientras la señorita Wychwood se alejaba. Ella se mantuvo al paso durante algunas zancadas antes de pedirle a su caballo que se abandonara a un elegante y amplio galope. Su postura era impecable y mantenía las manos enguantadas ligeras sobre las riendas. Tenía fama de ser buena amazona. Y debía de serlo para manejar un caballo que sin duda era demasiado grande para ella.

¡Dios mío! No podía medir más de metro sesenta. Una dama menuda que desprendía dulzura. ¿No tenía a nadie que le eligiera una montura más adecuada?

Sospechó que no.

Todo el mundo sabía que sus padres eran muy enfermizos, propensos a todo tipo de extravagancias. Su elegante casa en Belgrave Square era

destino de un interminable desfile de médicos, boticarios y de un elenco siempre cambiante de sirvientes.

Incluso el mozo de cuadra de la señorita Wychwood se había incorporado al equipo de sirvientes recientemente, era un tipo distinto del que la había acompañado tres días atrás. Galopó a cierta distancia detrás de ella hasta que los dos desaparecieron en la distancia.

Jasper frunció el ceño.

Había aprendido muchas cosas sobre la señorita Wychwood en las últimas semanas, lo suficiente como para saber que casarse con ella y llevarla al condado de York no iba a ser nada sencillo.

Maldecía al vizconde Ridgeway por sugerirlo.

Al salir del parque, el capitán regresó a la casa Ridgeway, en la calle Half Moon. Era una vivienda distinguida, aunque no ostentosa, situada entre la casa de una viuda rica y anciana por un lado y la de un abogado acomodado por el otro. Después de dejar a *Quinto* en el establo con el mozo, subió los escalones delanteros hasta la puerta.

El mayordomo canoso, Skipforth, lo recibió en el vestíbulo de baldosas blancas y negras.

—Su señoría ha solicitado su presencia en sus aposentos —anunció mientras tomaba el sombrero y los guantes del capitán—. Está desayunando allí.

Por supuesto.

El vizconde no acostumbraba a salir de su habitación antes de las diez, y cuando lo hacía, casi siempre era por obligación.

Jasper sintió una punzada de irritación. No era la primera vez que lamentaba haber aceptado la invitación de Ridgeway para quedarse en su casa.

—¿Quiere que lo acompañe, señor? —preguntó Skipforth.

—No es necesario. —Subió a zancadas la escalera curva hasta el tercer piso. Tocó una vez en la puerta del vizconde antes de entrar.

Las pesadas cortinas estaban abiertas. La luz del sol se derramaba a través del cristal, iluminando un amplio dormitorio decorado en tonos de rico carmesí y oro. Al otro lado, frente a la cama de cuatro postes con dosel sin hacer y la bandeja de té de plata en la que descansaban los restos del desayuno, estaba Nathan Grainger, vizconde Ridgeway.

Estaba repantigado en una silla de madera frente a su tocador de caoba con marquetería, con los ojos cerrados mientras su ayuda de cámara le recortaba las patillas.

—¿Es usted, Blunt? —Entreabrió un ojo—. ¿De vuelta tan pronto?

—Ya ve. Skipforth dijo que me buscaba.

—Así es. Y en el momento oportuno, además. Fennel acaba de terminar de afeitarme. —Despidió a su ayuda de cámara con un gesto de la mano.

Fennel, un hombre enclenque con una expresión esquiva, se retiró rápidamente al vestidor, cerrando la puerta tras de sí.

—Necesito su opinión sobre un caballo que he estado observando en Tattersalls —continuó—. A menos que tenga otros planes hoy.

—Nada que no pueda cambiarse. ¿Cuándo piensa ir?

—Ahora mismo. —Se inclinó hacia adelante en la silla, examinando sus patillas recién recortadas en el espejo—. ¿Qué opina?

Jasper no notó ninguna diferencia con respecto a su apariencia habitual.

—Supongo que están más cortas.

—No quería que se vieran demasiado tupidas. Un hombre quiere parecer digno, pero después de todo, uno no desea parecerse al primer ministro.

—No hay peligro de que eso ocurra. —El capitán cruzó la habitación para tomar asiento cerca del fuego en un sillón orejero tapizado en terciopelo.

Ridgeway disponía de los sirvientes imprescindibles para una casa de soltero. Sin embargo, su hogar era cómodo y estaba bien cuidado, una mejora considerable respecto al hotel en el que Jasper se había hospedado cuando llegó por primera vez a la ciudad.

Aunque tampoco es que hubiera tenido muchas opciones de alojamiento.

No tenía familia en Londres a la que pudiera recurrir. Ningún amigo verdadero al que pudiera imponer su compañía.

Tampoco tenía una relación demasiado estrecha con Ridgeway

Se habían conocido seis años atrás en Constantinopla, ambos en sus peores momentos. Ridgeway había llegado al Hospital de Scutari para recoger el cuerpo de su hermano menor, fallecido en el enfrentamiento que había acabado con la vida del resto de los hombres del capitán.

Jasper también había estado en Scutari; no de visita, sino en calidad de paciente gravemente herido, el único superviviente del enfrentamiento, prácticamente irreconocible por la grave herida del rostro.

El vizconde le había hablado con intención de subirle el ánimo.

Una tarea inútil. No estaba de humor para hablar con nadie. Tras recibir el alta del hospital, Ridgeway le había escrito y había respondido a regañadientes.

A partir de entonces, mantuvieron una correspondencia ocasional.

No era amistad. Ni de cerca. El capitán no tenía amigos. Y a menos que estuviera equivocado, el vizconde tampoco. Solo eran dos hombres unidos por las circunstancias. Conocidos cordiales, y a veces ni siquiera eso.

De hecho, desde que se había quedado a vivir con él, cada vez encontraba más repulsiva la frialdad de Ridgeway.

—¿Por qué está tan abatido? —El vizconde le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿No ha tenido suerte con la señorita Wychwood?

—Esto no tiene nada que ver con la suerte.

—¿La ha visto?

—Sí —admitió—, a pesar de que, claramente, ella no quería ser vista.

A juzgar por la vestimenta descuidada y amplia que ocultaba su figura y el velo de montar que le cubría el rostro, cualquiera podría pensar que tenía razones para esconderse. Que su rostro y cuerpo eran algo de lo que avergonzarse.

Y no era cierto.

Julia Wychwood era hermosa.

Lo había notado desde el primer momento en que la vio.

En otro tiempo, en otra vida, podría haber estado en grave peligro de perder el corazón.

Ridgeway seguía admirando su imagen en el espejo.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—El problema es que este asunto se está volviendo mucho más pragmático de lo que había planeado.

—El cortejo es pragmático. Y el matrimonio es decididamente despiadado. Si no puede aceptarlo, será mejor que se resigne a un estado de permanente soltería. —Se alisó las patillas con la mano—. Lo cual no está tan mal, ahora que lo pienso. Siempre que se lo pueda permitir.

—Cosa que no es así —le recordó.

Ridgeway se encogió de hombros.

—Pues ahí lo tiene.

—Sí —repuso Jasper—. Eso es. Y ahí está usted, resultando tan inútil como de costumbre.

—Me parece que eso no es justo del todo. ¿Acaso no se la presenté yo? —El vizconde miró al capitán Blunt a los ojos en el espejo—. Es una heredera. Una heredera con mala salud. Siga mi consejo y cátese con ella. No le molestará durante mucho tiempo.

Jasper apretó los dientes para reprimir la rabia. Quizá fuera un mercenario, pero todavía no había sucumbido a la idea de casarse con una inválida y rezar para que falleciera cuanto antes.

—Está muy seguro de sí mismo.

Ridgeway se encogió de hombros.

—El mes pasado estuvo en cama varios días. Oí decir que habían llamado al médico para que la sangrara. Ya se la ve muy paliducha. ¿Cuánta sangre cree que le quedará?

—Está más fuerte de lo que parece.

—Eso no lo sabe. Solo la ha visto unas pocas veces.

—He visto lo suficiente. La he visto montar. No está moribunda. —Guardó silencio un momento antes de añadir—: Y no está paliducha.

—¿No? ¿Y cómo describiría su piel? No se parece al mármol, y tampoco al alabastro. No es como su amiga lady Anne. —Volvió a mirar al capitán en el espejo—. Por cierto, si quiere un consejo, aprovéchese todo lo que pueda ahora que esa no está en Londres. Ya se habrá dado cuenta de que siempre que está por aquí cuida de su pequeña protegida como un mastín rabioso.

—¿Lady Anne se ha marchado de Londres? —Eso sí que era interesante—. ¿Cuánto tiempo?

El vizconde volvió a encogerse de hombros.

—Unos días. Ella y su madre se han marchado a Birmingham a conocer a ese chico vidente del que habla todo el mundo. Ese que asegura que ha conseguido contactar con el príncipe Alberto.

Jasper apretó los labios. Ya había oído hablar del chico. Cuando uno se relacionaba con la alta sociedad, era imposible no oír esas historias, en las que él no ponía ningún interés. En realidad, le interesaban tan poco como el ocultismo. Era una auténtica tontería. Fantasmas, espíritus y revelaciones del más allá...

Como si no tuviera ya suficientes supersticiones en el condado de York.

—Me pregunto por qué no la habrá acompañado la señorita Wychwood —dijo.

—Los Wychwood no participan en esa clase de cosas. Ya tienen bastantes problemas en este lado de la tumba con lo delicados que están de salud. —Ridgeway se levantó de pronto—. Y ya que hablamos de esto, Fennel me ha dicho que la señorita Wychwood piensa asistir a la velada musical de lady Camden de esta noche. Por suerte no rechazó usted la invitación.

El capitán suspiró. Una velada musical siempre se celebraba en un salón repleto con la flor y nata de la alta sociedad londinense. Significaba que tendría que pasar la noche rodeado de señoritas casaderas acompañadas de sus madres controladoras.

—¿Se lo está replanteando? —preguntó Ridgeway.

«Sí. Como una docena de veces», pensó.

Pero no pensaba confiarle todas sus dudas a Ridgeway. Ese hombre ya sabía demasiado.

—Tiene que haber otra más adecuada.

—¿Qué? —El vizconde lo miró entornando los ojos—. ¿Se refiere a otra heredera?

—Sí —admitió—. Exacto. Alguien que...

Alguien que no corriera el riesgo de desmayarse al verlo. Que no tuviera miedo de mirarlo a la cara.

Él hubiera tolerado el rechazo de cualquier otra persona. Era una reacción muy habitual a su apariencia. Pero no podía tolerarlo en ella.

—Maldita sea —murmuró entre dientes—. Esto no tendría que ser tan complicado.

—Y no lo es. —Ridgeway estiró el brazo para alcanzar la levita y se la puso—. Usted necesita una heredera sin familia ni contactos, nadie que pueda hacer preguntas sobre usted o quiera ir a curiosear al condado de York. Y la única heredera que reúne todas esas condiciones es Julia Wychwood. Si no le gusta esa, ya puede ir dejando que las autoridades se queden con su propiedad.

Jasper se pasó la mano por el pelo, frustrado. Las autoridades alguaciles. «Maldita sea». No iba a acabar así. Después de todo lo que había arriesgado para forjarse una nueva vida...

Ridgeway se echó a reír.

—Debería verse la cara. Cualquiera diría que es usted demasiado íntegro como para seguir adelante.

Le vino a la mente la imagen de la señorita Wychwood, con sus ojos azul zafiro brillando con intensidad por detrás de esa redecilla negra con la que montaba.

«Me parece que le debo una disculpa».

No se lo esperaba. Lo había confundido y se había quedado completamente desarmado.

¿Esa joven sería realmente lo que parecía? ¿De verdad era una heredera marginada y enfermiza dispuesta a cualquier cosa?

Estaba empezando a dudar.

—Podría ser.

—Tonterías —se burló el vizconde—. Este no es el hombre del que me hablaba mi hermano en sus cartas durante la guerra. El cruel, despiadado y sangriento capitán Blunt que tenía aterrorizados a todos sus hombres. ¿Lo recuerda?

—Demasiado bien —repuso él con tristeza.

—¿De veras? Porque a veces tengo la sensación de que usted no tiene nada que ver con ese hombre.

Se quedó paralizado y miró fijamente al vizconde. Le parecía ver un doble sentido en sus palabras. Una especie de amenaza.

—Tal vez haya sido un hombre despiadado —repuso—, pero jamás con una mujer. Y nunca sin estar en guerra.

—Pero, querido amigo, esto es una guerra —afirmó Ridgeway—. Es una temporada en Londres.



CAPÍTULO 2



Julia permanecía inmóvil sobre el banco acolchado de damasco de seda, frente a su tocador de nogal tallado, mientras su doncella, Mary, daba los toques finales a su peinado de la noche. Era un estilo bastante bonito: una cascada de mechones muy sujetos en la parte trasera, asegurados con docenas de horquillas y bien rociado con bandolina.

Ella permanecía ajena al acicalamiento.

Pasó la página del pequeño volumen encuadernado en tela azul de *El secreto de lady Audley* que descansaba en su regazo, completamente absorbida en la suntuosa prosa de la autora, Mary Elisabeth Braddon. Había leído la historia muchas veces.

—«La señorita Lucy Graham estaba bendecida con ese poder mágico de fascinación, por el cual una mujer puede encantar con una palabra o embriagar con una sonrisa» —leía Julia en voz alta. Era una de sus frases favoritas de todo el libro—. ¿Te lo imaginas, Mary?

—Era una asesina. —La doncella colocó un ramillete de rosas de primavera en el cabello de Julia—. No tiene nada de admirable.

—Sí, pero... —La señorita Wychwood buscó la mirada de la empleada en el tríptico de espejo enmarcado en oro que descansaba en el tocador—. ¿Te imaginas lo que debe sentirse siendo tan atractiva? ¿Tan fascinante para todos tus conocidos?

—Eso solo puede traer problemas, señorita, se lo aseguro. Una mujer ya tiene bastante con lo que lidiar sin poderes mágicos para fascinar al prójimo. —Alisó un cabello rebelde de la sien de Julia—. Y no veo de qué tiene usted que preocuparse. Nadie podría negar su belleza, aunque quisiera.

—Las mujeres hermosas también pueden resultar poco atractivas. Si hay algo en su carácter que a la gente no le guste, como timidez o torpeza, no importa lo hermosa que sea su apariencia. Pero ser como lady Audley...

—Lee usted demasiadas de esas novelas sensacionalistas. La vida real no es así, ¿sabe?

Julia esbozó una leve sonrisa. No se sintió ofendida por la observación impertinente. A diferencia de los otros sirvientes de la casa, Mary tenía el privilegio de la antigüedad. Era una mujer sencilla en la cuarentena a la que habían contratado como doncella hacía tres años, cuando se embarcó en su primera temporada. Desde entonces, Mary la había visto en sus mejores y en sus peores momentos. Conocía todas sus pequeñas debilidades.

—A los caballeros no les gustan las chicas que leen libros —añadió mientras colocaba el último adorno verde en el peinado—. Y querrá usted encontrar esposo esta temporada, ¿no?

—Sí, pero...

—Me sorprendería que uno de esos caballeros de la alta sociedad no se declarase, ahora que ha alcanzado usted la madurez. —Retrocedió con una sonrisa alentadora en los labios—. Solo tiene que mirarse.

Julia lanzó una mirada obediente al espejo. Llevaba el cabello negro recogido hacia atrás, cosa que destacaba los contornos de las mejillas y la mandíbula, también la boca y la mirada. Sus ojos se veían muy azules a la luz de las velas, y su piel, tan pálida, parecía traslúcida. Luminosa, se podría decir incluso.

Y buena parte de ella estaba al descubierto. El escote bajo de su vestido de noche de seda azul dejaba poco a la imaginación, exponiendo el cuello, los hombros y la redondeada generosidad de su pecho.

Mamá no lo aprobaría.

Pero su madre no estaba allí. Seguía recuperándose en Bath. Su padre bien podría estar con ella, teniendo en cuenta lo poco que salía de sus aposentos.

—¿Y bien? —preguntó la doncella.

—Es precioso. —Se levantó del asiento. La falda de seda con volantes susurró al rozar el miriñaque—. Necesitaré un chal.

Mientras Mary se apresuraba a buscar uno, ella tomó los guantes y el bolsito con flecos de seda. Abrió el cierre de cordón y metió su novela dentro. Un evento musical de la alta sociedad no era lugar para leer. Pero nunca estaba de más ir preparada.



Jasper descendió las escaleras detrás de Ridgeway, ambos vestidos de negro para la velada, atuendos acentuados con sendos chalecos de seda de colores claros y corbata. La lámpara de gas del vestíbulo estaba encendida y proyectaba un anillo de luz difuso sobre la cuadrícula del suelo.

Skipforth emergió de las sombras.

—Una carta para usted, capitán Blunt.

El vizconde lanzó una mirada de irritación a su mayordomo.

—¿El correo? ¿A estas horas de la noche?

—Un muchacho la acaba de traer del Hotel Cavendish. —Skipforth se la entregó a Jasper—. Da la impresión de que se hayan equivocado con la dirección.

El capitán examinó la carta. La dirección en el sobre había sido escrita con la torpe caligrafía de un niño. La reconoció enseguida.

Charlie.

Le había dicho que escribiera si había alguna dificultad. Y con Charlie siempre había dificultades.

—Uno de sus deslices, supongo —dijo Ridgeway.

Blunt se puso tenso. El término era insultante, tanto para su honor como para el de los niños. Pero no iba desencaminado, al menos según el criterio de la alta sociedad. Todos creían lo peor de él.

Y así exactamente tenía que ser.

—Eso parece —respondió.

La expresión de irritación de Ridgeway aumentaba a cada segundo.

—¿Cree que nos retrasaremos?

—En absoluto. La leeré en el carruaje.

El vizconde asintió con aprobación.

—Bien. Lady Clifford detesta a los que llegan tarde a sus veladas musicales. Asegura que interrumpen a los artistas.

Jasper recogió su sombrero y los guantes antes de seguir a su acompañante hacia la puerta. El carruaje los aguardaba bajo la luz de gas de la calle: un coche negro lacado con el escudo de armas familiar dorado en la puerta. Un lacayo uniformado colocó los escalones.

Ridgeway subió sin ayuda.

Jasper lo siguió, tomando asiento frente a su anfitrión. Se acomodó en la esquina bajo la luz de la lámpara del carruaje. Al iniciar la marcha, rompió el sello de la carta de Charlie y comenzó a leer.

Estimado señor:

El techo vuelve a gotear. Esta vez ha sido en el cuarto de juegos, justo sobre la cabeza de Daisy. El Sr. Beecham dice que no debo molestarlo y que usted tiene cosas más importantes en mente que nosotros. Pero ni siquiera usted querría que Daisy enfermara por falta de cuidados. Por favor, envíe cincuenta libras para reparaciones.

P.D.: Alfred dice que le recuerde que el techo del hospicio no goteaba.

*Sinceramente,
Charles X.*

Jasper hizo un gesto de fastidio mientras doblaba la carta y la deslizaba en el bolsillo interior de su chaqueta de noche. No sabía qué parte era más ofensiva. ¿Era la insinuación de que estaba siendo negligente? ¿O más bien la sugerencia de que las condiciones en el hospicio eran mejores a las de Goldfinch Hall?

Enseguida se dio cuenta de que no. No era ninguna de las dos.

Lo más ofensivo era la firma de Charlie. Charles X. Como si todavía fuera el mismo niño bastardo que él había sacado del hospicio. Un pequeño lleno de piojos que no sabía ni el abecedario y que apenas podía garabatear su firma, una simple X que le había enseñado su madre, también analfabeta.

Charlie tenía seis años por aquel entonces; y Alfred, cinco.

Él tampoco era mucho más que un joven por aquella época. Apenas contaba veinticinco años, tenía muy poca experiencia en asuntos domésticos. Pero había hecho todo lo posible dadas las circunstancias. Había enviado a los chicos a la escuela en el pueblo cercano de Hardholme. Se había asegurado de que aprendieran a leer y a escribir.

No había bastado para ganarse la estima de los chicos.

Seis años después, Alfred se mostraba, en el mejor de los casos, indiferente hacia él. Pero Charlie aún lo culpaba de todos los males que él, su madre, y sus hermanos habían sufrido.

Sin duda Dolly había bombardeado sus jóvenes oídos con todo tipo de historias sombrías sobre el desalmado capitán Blunt. Un monstruo malvado e insensible que había dejado a su amante y a sus tres hijos ilegítimos para que murieran de hambre mientras él partía a la guerra.

Y Dolly había muerto.

Cuando regresó de Crimea, la tuberculosis la había devorado casi por completo. Había reunido las fuerzas para viajar hasta Goldfinch Hall, con la pequeña Daisy apoyada en la cadera, y le había exigido que sacara a Charlie y Alfred del hospicio antes de que ella muriese.

Exigiendo. Amenazando.

Había sentido la tentación de abandonarlo todo en ese mismo momento. Dejar el condado de York para siempre y empezar de nuevo en algún otro lugar.

Pero, claro, no lo hizo.

No quería pensar sobre ello en ese momento. No en la misma noche en la que se suponía que debía cortejar a una novia. Ya fuera la señorita Wychwood u otra, todavía no lo sabía. Nada en ese maldito plan estaba saliendo como él había previsto.

—¿Puedo atreverme a preguntar? —inquirió Ridgeway con aire despreocupado.

Jasper lo miró frunciendo el ceño.

—Sus deslices. No puedo imaginar lo que haya podido escribirle uno de ellos.

—Nada de lo que deba preocuparse —replicó el capitán. El carruaje avanzaba por la bulliciosa calle y se balanceó cuando el cochero guio los caballos hacia Grosvenor Square—. Solo es un recordatorio del motivo por el que estoy aquí.

—Un recordatorio desagradable, por lo que parece. —El vizconde suspiró—. Eso le pasa por enviarlos a la escuela. Si quiere mi opinión, esto de recibir cartas desagradables de los bastardos de uno es una pesadilla.

—No recuerdo haberle preguntado.

El carruaje se detuvo frente a la residencia de lady Clifford. Un lacayo les abrió la puerta del coche. No había fila de carruajes esperando en la calle, ni una multitud de invitados alrededor de los escalones de piedra que conducían a la puerta. Por las ventanas iluminadas de la casa emanaba el suave tintineo de las teclas de piano y el punteo de cuerdas de arpa.

Ridgeway frunció el ceño.

—Llegamos tarde.

Jasper se apeó después de él. Un mayordomo los recibió en la puerta principal y, tras tomar los sombreros y abrigos, los acompañó hasta el salón de la primera planta.

Las puertas que comunicaban dos salas estaban abiertas, como se hacía cuando celebraban un baile, creando un espacio enorme para más de cien damas y caballeros presentes. Habían dispuesto en largas filas docenas de sillas y bancos tapizados, separados del estrado donde dos jóvenes vestidas de seda tocaban una pieza sentimental para dúo de piano y arpa.

Al verlos, una atractiva mujer rubia en la cuarta fila hizo un gesto a Ridgeway con su abanico pintado.

—Ahí está lady Eastlake —dijo él—. ¿Me disculpa?

Jasper asintió. Prefería estar solo. Y nunca lo estaba más que en una multitud. No había damas esperando su compañía. Ninguna lo conocía en Londres salvo por su reputación. Pero la popularidad no le preocupaba. Su nombre le proporcionaba las suficientes invitaciones para sus propósitos. En cuanto al resto...

Podía arreglárselas bastante bien él solo.

Al entrar en la sala, se pegó a la pared del fondo. Tapizada con un muaré de seda de color verde pálido, estaba adornada con apliques de gas repartidos de manera uniforme. Algunos caballeros aguardaban en los espacios entre ellos. También unas damas jóvenes. Por su aspecto, eran las menos populares. Cuando el capitán pasó a su lado, ellas bajaron la mirada y se pusieron a cuchichear tan pronto como pensaron que ya no podía oírlas.

—¡Que cicatriz tan espantosa! —exclamó una de ellas.

—¿Has visto alguna vez algo tan espantoso? —añadió su compañera en un tono dramático.

—Y eso no es lo peor. He oído que...

Siguió caminando hasta que los murmullos se disiparon. Conocía perfectamente su aspecto. Y sabía aún mejor lo que la gente decía de él. Lo despiadado que había sido el infame capitán Blunt en Crimea.

Y era bastante cierto.

¿Habría oído la señorita Wychwood esos rumores? Seguro que de algo se habría enterado.

Todavía no la había visto. No estaba seguro de que fuera a asistir. Durante el último mes se había esperado su asistencia en varios eventos a los que él había acudido, pero se había excusado a última hora por enfermedad o indisposición.

Paseó la mirada por la multitud. Ser alto tenía sus ventajas. De pie podía ver fácilmente por encima de las filas de damas y caballeros sentados. Si la señorita Wychwood estaba allí, no se habría integrado entre los asistentes. Y tampoco estaría expuesta en la primera fila. A ella no le gustaban las multitudes. Y no le gustaba llamar la atención.

No. Si estaba allí, estaría lo más cerca posible de la salida. Así sería más fácil escapar.

Y allí precisamente la encontró.

Estaba sentada en una silla de la tercera fila. A su izquierda quedaban las puertas abiertas del salón, flanqueadas por dos lacayos uniformados, y a su derecha se encontraba el conde de Gresham, que había enviudado recientemente. El caballero, de pobladas patillas y más de cincuenta años, tenía el aspecto propio de un robusto terrateniente rural. Y en ese momento se inclinaba sobre ella, susurrándole algo al oído.

Ella ladeaba la cabeza para oírlo de modo que revelaba su hermoso rostro de perfil: el lustroso cabello negro, una oscura ceja arqueada, el contorno firme de su nariz recta y las mejillas y la mandíbula tan elegantes.

Se le aceleró el pulso en cuanto la vio.

Llevaba un vestido azul oscuro que dejaba al descubierto su pálido cuello y unos hombros delicadamente redondeados. Una prenda de seda muy recargada, con flecos y lazos de cinta. Resplandecía bajo la luz de gas, era del color del mar a medianoche. El mismo tono que sus ojos.

Era completamente inadecuado.

Tal como la señorita Wychwood.

Cuanto más la conocía, menos podía imaginarla viviendo en Goldfinch Hall. Y menos aun haciendo de madre de Charlie, Alfred y Daisy.

Como si alguna dama de alcurnia pudiera llegar a aceptar esa situación...

Tendría que encontrar a otra mujer rica con quien casarse. Alguien de menos cuna. Menos protegida y refinada.

Menos hermosa.

Se le acababa el tiempo. No necesitaba la carta de Charlie para recordárselo. Sabía muy bien lo que estaba en juego. Siempre tenía presente la carga de sus obligaciones.

El matrimonio era la única solución.

Solo necesitaba una candidata adecuada. Alguien a quien pudiera cortejar y desposar rápidamente. Una maniobra desagradable, pero necesaria.

Ridgeway seguramente conocería a otra dama adecuada. Hasta entonces...

La música se detuvo y la multitud respondió con aplausos comedidos.

Jasper salió de su ensimismamiento. Dejó de mirar a la señorita Wychwood.

«Maldita sea...».

¿La estaba mirando fijamente? ¿La contemplaba con el ceño fruncido como un perro miserable obsesionado por un hueso? Hizo una mueca al pensarlo mientras se unía al aplauso a las dos jóvenes del escenario.

Ellas hicieron una reverencia y se retiraron entre sonrisas y rubores. Lady Clifford ocupó su lugar. Era ampliamente conocida por su gran interés por las artes y siempre organizaba veladas musicales o dramáticas. Como muchos eventos de la temporada, principalmente servían como escaparates poco disimulados para las jóvenes que todavía estaban en el mercado matrimonial.

—Una actuación excelente de la señorita Lydiard y la señorita Bingham —comentó la anfitriona—. Para nuestra próxima actuación, la señorita Rumble nos deleitará con una pieza en el arpa. ¿Señorita Rumble?

Una joven angelical vestida de blanco subió al estrado. Hizo una reverencia al público antes de sentarse al arpa.

Su anémica actuación fue seguida por la de una joven soltera tras otra, todas luciendo peinados pomposos y vestidos caros. Cantaron y tocaron en solos y dúos, interpretando canciones en alemán e italiano, en registros de soprano y contralto.

Jasper permaneció de pie contra la pared del fondo del salón, con los brazos cruzados sobre el pecho. Entre todas las jóvenes, no veía a ninguna que despertara su interés. Eran bastante bonitas, sin duda, y seguramente todas presumían de dotes respetables. Esa debería haber sido su preocupación principal. Su única preocupación.

Y lo era.

Necesitaba dinero para reparar el techo en Goldfinch. Para reparar años de podredumbre y falta de cuidados. Si lograba gestionar la finca adecuadamente, en cinco años podría ser autosuficiente. Lo único que necesitaba era una inyección de capital.

En cuanto al resto del asunto, casarse y consumir el matrimonio con una heredera adecuada —una dama sin amigos ni parientes que interfirieran— tendría que armarse de valor y seguir adelante. No tenía que gustarle la joven, y mucho menos sentirse atraído por ella. Muchos hombres se casaban por razones de interés. Así era el mundo de las clases altas.

Sin embargo, la perspectiva le helaba el corazón.

Mientras la voz de una intérprete se elevaba para igualar el tono de su poderoso acompañamiento, no pudo evitar mirar, una vez más, a la señorita Wychwood.

Lord Gresham seguía allí, con su lasciva atención centrada en ese momento en la dama a su derecha. El asiento a su izquierda estaba vacío.

Julia Wychwood se había ido.